

El traqueteo que engrasa la ficción

Los trenes han nutrido cuentos y novelas, dando pie a grandes historias de suspense, encuentros fortuitos o relatos inverosímiles.

Alberto G. Palomo

Huya de quien se siente enfrente y le proponga un negocio. De quien pretenda suplantar su identidad con malabarismos de triletero. De quien desaparezca en la oscuridad intermitente del túnel. O de quien se aproxime inocentemente y le formule esta pregunta, a priori inofensiva: “¿Le apetece que le cuente mi vida?”. Si no lo hace, puede que se introduzca en alguna de las tramas posibles sobre las que discurre un viaje en tren.

Así es, al menos, como se ha pintado en las novelas. Subirse a un vagón es enfrentarse a lo desconocido. Aunque el billete y el luminoso digan lo contrario. Y aunque el nuevo siglo haya traído la modalidad ‘silencioso’ en la compra. Cada vez más aséptico, este medio de transporte no deja de rellenar páginas. Su traqueteo engrasa la ficción. Desde los *thrillers* antiguos, con el humo envolviendo a los pasajeros, hasta las historias más actuales, de choques imprevistos en un pasillo enmoquetado, abocarse a los escalones del andén puede que sea el inicio de una aventura.

Ese ha sido el punto de partida elegido por diferentes autores de distintas épocas y nacionalidades. Agatha Christie o Patricia Highsmith, por ejemplo, lo auparon a la cima del suspense. Jorge Semprún lo usó de válvula de escape para sus recuerdos más aterradores. Paul Theroux lo ha erigido como eje fundamental de sus crónicas. Y otros, simplemente, lo conciben como un personaje más para dar rienda suelta a sus experiencias o fantasías.

Pertenece Antonio Orejudo a esta última categoría. Con *Ventajas de viajar en tren*, de 2000, confeccionó una *matrioshka* literaria que resolvía entuertos, arrugaba el ceño o disparaba carcajadas. El autor toma impulso con la peregrina cuestión del primer párrafo y desarrolla un libro que se ha guardado con un culto hurraño hasta que, en 2019, se transformó en película.

“El tren es el instrumento del viaje y el viaje es abrir la puerta a que sucedan cosas”, responde el escritor a la pregunta de por qué es tan evocador este vehículo. Orejudo, además, es fiel al ferrocarril en sus trayectos de la periferia, donde vive, al centro. “Me resulta muy útil para conectarme con la metrópoli”, arguye el autor madrileño. Orejudo agradece en ese sentido la evolución de este medio -“soy un beneficiario de las altas velocidades”- pero se traslada a los expresos nocturnos para refrescar sus anécdotas más memorables: “Me parecían una mezcla de antro y hotelucho de mala muerte, donde todo

podía suceder”, justifica quien no dudaría de su reacción en el caso de que alguien se dispusiera a contarle su vida: se levantaría y se iría a llamar a seguridad o a la cafetería. “Mi actitud en los viajes en tren es la de un sociópata misántropo: me pongo unos cascos que cancelan el ruido externo y me pongo a leer o, a veces, a tomar notas. Pero no hablo con nadie, y me molesta que me dirijan la palabra”.

José María Merino tampoco descarta beber algo en esa barra vibrante, bucear en una lectura o “comunicarse con el paisaje” cuando está en un convoy. Valora, no obstante, su encanto para “sentirse incluido en el territorio que atraviesas”. Le viene de lejos: el tren, comenta, fue el primer vehículo colectivo que conoció movido por una tecnología mecánica. Iba de León hasta A Coruña, donde nació en 1941, para visitar a sus familiares. O en “vías estrechas” para llegar a ciertos pueblos de la provincia. “Vivía en León, pero mi carrera de Derecho la hice en Madrid, y en ciertas épocas -fiestas, vacaciones- me trasladaba en tren. Viajaba en tercera, como correspondía a un estudiante. El trayecto duraba casi una noche y en esos espacios viví experiencias muy sorprendentes: desde gente que dormía en las redecillas destinadas al transporte de las maletas hasta gente que freía huevos en una sartén sobre un pequeño hornillo de alcohol”, recuerda. A veces encontraba alguien que le contaba “historias sorprendentes” que le han inspirado algún cuento. “Y es que en el tren el tiempo y el espacio consiguen una naturaleza peculiar”, recuerda. Merino, de hecho, mezcló en 1994 la aventura sobre raíles con ciencia ficción en *No soy un libro*.

Experiencias indelebles

“La verdad es que ese libro reproduce un Interrail que hizo mi hija Ana antes de entrar en la universidad, a finales de los años 80”, indica. “Lo fuimos conociendo en casa a través de tarjetas postales y de algunas llamadas telefónicas, y luego de viva voz. Me resultó fascinante”, afirma el miembro de la Real Academia Española, convirtiéndolo en la estructura básica de aquel relato. Merino ve “muy propio del tiempo que vivimos, marcado por una prisa irracional” los trenes rápidos de ahora. Por eso, prefiere lo añejo para seleccionar experiencias indelebles: “Nunca olvidaré uno de Moscú a San Petersburgo, con mi mujer, en un camarote elegantísimo que parecía propio del siglo XIX. Ni otro, de Nueva York a Boston, que me per-



“El viaje es abrir la puerta a que sucedan cosas y el tren es el instrumento idóneo”, dice el escritor Antonio Orejudo

je en el que el tiempo tiene un cronómetro distinto”, anota con romanticismo. “En un desplazamiento cabía la posibilidad de adormilarse observando los cables telefónicos que colgaban de poste a poste; de comenzar y medio terminar una novela; de echar una partida de cartas; de sacar el bocadillo de filete empanado y el termo con caldo; de charlar con el soldado que volvía de permiso, con la monja que pelaba una naranja sobre las rodillas, con la joven que amantaba a un bebé...”, enumera con un toque de melancolía.

Todos los sentidos se le despiertan al evocar: el reconocible olor de la tapicería o de aquellos repugnantes aseos cuyos retretes vaciaban sobre los raíles; la vista, enriquecida por paisajes que no son accesibles por carretera; el gusto, por el tentempié del vagón restaurante; o el tacto de la ventanilla cuando de niño apoyaba la frente en el cristal, persiguiendo gotas de lluvia con las pupilas. En África, igual: tiene impresas las siluetas moradas de los árboles al atardecer o el colorido en los vestidos del gentío hacinado.

Aranguren alude a sus múltiples idas y vueltas por la península, pero también a los trenes que tomó en la India, donde le parecía que en cada viaje se cumplía el ciclo completo de la vida o en Ecuador, donde atravesó de la sierra al mar en el techo de un compartimento. “Pocas veces me he sentido tan libre, tan dichoso de haber recibido el regalo de la vida”, asegura quien rechaza los “pocos alicientes” de algunos elementos presentes como el tren rápido: “Una cosa es trasladarse por razones vinculadas al trabajo y otra viajar por el placer de conocer”, objeta, recordando un trayecto a París para un encuentro con el Papa o una tertulia repentina de camino a Sevilla con un torero y un banderillero.

“Como soy muy preguntón no me cuesta pegar la hebra, incluso en esta época en la que es difícil que el compañero de butaca te dé los buenos días o las buenas tardes”, zanja, rechazando ese consejo de huir cuando alguien surja de súbito y le aboque al torbellino de una acción novelesca. La elección pertenece a cada uno, aunque el tren ejerza de lubricante, de lubricante que engrasa la ficción. ■

mitió descubrir esa zona, con puertos sorprendentes, que conformó muchos aspectos de la vida de Edgar Allan Poe, por ejemplo. Ni otro en Kazajistán, de Alma Ata -que todavía era la capital- a Astaná, atravesando la *estepa pobre* de Miguel Strogoff”.

Para el articulista Miguel Aranguren, las vías de ferrocarril fueron el magma de unos diarios tempranos. Con *Desde un tren africano*, que sacó a los 20 años, expresó su vivencia en el tren que iba desde Kampala (capital de Uganda) a Mombasa, en la costa de Kenia. El exotismo de sus vagones aún le pellizca la nostalgia, como lo hacen los de un pasado no tan lejano en España que “llegaban a horas aproximadas, que se entretenían en las estaciones de los pueblos, que ofrecían la posibilidad de entablar conversación con otros pasajeros”.

“Daban oportunidad de degustar el espíritu del viaje, del gran via-